



Poesías de JOSUÉ CARDUCCI

VERSIÓN CASTELLANA DE

MARIO CATALDO MARCIAL

Al hacer esta versión de los magistrales cantos de Carducci — trabajo quizás demasiado pesado para mis débiles fuerzas— me he permitido ciertas libertades en algunos de ellos, teniendo más en cuenta el concepto que la forma. Tal en el himno «A Satán», en cuyo original las cuartetas son pentasílabas; y cuando se pudo he conservado las cinco sílabas, y cuando no, he construido eptasílabos.

Un distinguido periodista italiano a quien consulté, díjome que le gustaban todos los cantos de esta versión, pero que hallaba dicha libertad en «A Satán», y que él hubiera preferido hacerlo todo en cinco sílabas, o bien todo en siete.

Sin dejar de respetar la opinión de dicha persona, a la cual estimo muchísimo, por su hermosa labor intelectual y por la amabilidad con que atendió mi pedido, decidí publicarlo tal como está, teniendo en cuenta para ello, que el pentasílabo y el eptasílabo son hemistiquios del endecasílabo y que por lo tanto pareceme que el ritmo no varía.

¿Será impotencia tal vez el no poderme adaptar a la construcción carducciana? ¿O es que el estro rebelde no se deja crucificar, como diría el formidable solitario de Catania? Y siguiendo con la cita de Rapisardi, ya que vino a mano, suavizando algunas asperezas, diré lo que él dijo al traducir a Horacio: que la presente es «una traducción que del original tiene, sino otra cosa, el mismo número de estrofas, de versos, y poco más o menos de sílabas».

«La escuela sentenciará probablemente, que el verdadero crucificado ha sido el autor; los más discretos convendrán en que la crucifixión ha sido recíproca. A mí pláceme, en cada caso, afirmar que el experimento me ha sido útil, y que detesto más que antes a los confesores patentados de la medida justa y a los reconstructores mecánicos de la métrica fósil».

A SATÁN

A tí del ser
Principio inmenso,
Razón y espíritu,
Materia y entendimiento;

Mientras el vino
En copas brilla
Igual que el alma
En la pupila;

Mientras sonríen
La tierra y el sol,
Y ambos se envían
Frasas de amor,

Y un temblor corre
De amor arcano
Los montes, y palpita
Fecundo el llano;

A tí desfrénase
El verso ardiente;
Satán invócate
Rey del Banquete.

¡Lejo aspersorio
Y el metro envid!
¡Satán, oh cura,
No vuelves atrás!

Mira: la herrumbre
Roe a Miguel
La espada mística,
Y el ángel fiel

Sin una pluma
Cae en el vano.
A Dios helósele
Del puño el rayo.

Meteoros pálidos,
Planetas muertos,
Llueven los ángeles
Desde los cielos.

En la materia,
Que no reposa,
Rey de fenómenos
Y de las formas.

Vive Satán!
Tiene el imperio
En la luz trémula
De un ojo negro,

O bien que lánguido
Huya y resista,
O acre y húmedo
Provoque, insista.

Brilla del pámpano
en la sangre letífica,
por quien no languidece
La rápida alegría,

Que la fugaz
Vida repara,
Que ahuyenta el dolor
Que al amor pone alas.

Satán, tú alientas
El verso mío,
Si irrumpes de mi pecho
El Dios, retando a desafío,

De pontífices reos,
De cruentos reyes;
Y como rayos
Despabilas las mentes.

A tí, Agramaino,
Adonis y Astarté,

Y mármol dieron
Y telas y papel...

Cuando las Jónicas
Auras serenas
Beatificó la Venus
Anadiomena.

A tí del Líbano
Los pies temblábante,
De el alma Cípride
Resucitado amante:

A tí fervían
Coros y danzas,
A tí las vírgenes
Ternuras cándidas,

Tras odoríferas
Palmas de Yduma
Donde blanquean
Ciprias espumas.

¿Qué vale el bárbaro
Del nazareno
Furor del ágape
Del rito obsceno

Si con sacras antorchas
Quemó tus templos,
Y los signos argólicos
Esparció por el suelo?

Te acogió prófugo
Entre sus lares
La memoriosa
Plebe en los arrabales.

Pues un femíneo
Seno pulsante
Llenando, férvido
Numen y amante,

La bruja pálida
De eterna cura,
Vuelves a socorrer
A la enferma natura.

Tú al ojo inmoble
Del alquimista,
Tú del indócil
Mago a la vista,

Del claustro torpe
Tras los cancelos,
Revelas fúlgidos
Cielos noveles.

En la Tebaida,
El triste monje,
En las cosas huyendo
De tí, escondióse.

Oh de tu trámite
Anima dividida,
Bueno es Satán;
He allí Eloísa.

En vano te maceras
En el saco áspero:
Versos murmura
De Maro y Flaco

Entre la nenia
Davídica y el llanto;
Y, formas délficas,
Junto a tu lado,

Róseas en la hórrida
Familia negra;
Lleva a Licóride,
Lleva a Glicería.

De otras imágenes
De edad más bella,
Se puebla a veces
La insomne celda.

El, de las páginas
De Livio, ardientes
Tribunos, cónsules,
Turbas furentes

Despierta; y de fantástico
Ardor itálico orgulloso
Te empuja, oh monje,
Al Capitolio.

Y vos, no destruídos
Por fatigada pira,
Hus y Wicleff,
Voces fatídicas,

Al aura el grito
Alerta enviad:
El siglo innóvase,
Llegó la edad.

Y ya, ya tiemblan
Mitrás, coronas:

La rebelión, del claustro
Murmura sorda,

Y arenga y pugna
Bajo la estola,
De Fray Jerónimo
Savonarola.

Colgó la túnica
Martín Lutero,
Rompe tus vínculos,
Oh pensamiento!

Y esplende y fulge
De llamas cinto;
Materia elévate,
Satanás ha vencido.

Deshiérrase, hórrido,
Un monstruo bello,
Corre la tierra
Y los océanos:

Corusco y fúmido
Cual los volcanes,
Los montes puja,
Devora valles;

Vuela, sobre los báratros;
Se esconde luego
Por antro incógnito
Por profundos senderos;

Y sale, e indómito
De playa en playa
Cual de turbión
Su grito lanza,

Cual de turbión
Su aliento expande;
Oh pueblos, pasa
Satán el grande.

De sitio en sitio
Pasa benéfico
sobre infrenable
Carro del fuego.

¡Salve, oh Satán,
Oh rebelión,
Oh fuerza vengadora
De la razón!

¡Sacro a tí elévese
Incienso y votos!
Al Dios venciste
Del sacerdocio.

LA GUERRA

(De "Rime e ritmi")

Cantan los mitos. — Fundió Promete
con primigénio fango animándolo
la fuerza de insano león:
el hombre alzándose rugió guerra.

Del rojo Adán creció en el exilio
el primer operario: demás
creyó en el mundo a un hermano:
Cruel rió sobre el herido Abel.

Pues chapotea sangre en los siglos
la fatigosa historia del hombre,
del gran Partenón a tu casa
cándida, oh Guillermo Wáshington.

Sobre el oso en tierra extendido, alzándose,
el troglodita blandió en el aire
la clava, del corazón al músculo
hervir sintiendo la batalla.

Los fieros hijos jugando al véspero
en el rojizo sol lucir vieron,
entre cruentas rocas el sílex,
y para el estrago aguzáronlo.

Después en la mente reflejada
de las cosas de afuera la imagen
por medio de abril vaporante,
ebrios, raptábanlos bamboleando,

de los zampeados lagos, de humosos
antros. Ay, verdearon las gavillas,
antes magras en el cerro, en el
lavadero (1) de las venas humanas.

Desde el soberbio cerro miraron
los sobrevivientes: vastos ríos,
y el océano multísono, y los
alpes de estupor percutieron

hacia el dominio, ansiosos los pechos,
la mente encendida por lo incógnito.
Sobre las ondas fué echado el pino
del cerco pétreo de arriba del monte

tronaron los hoscos dioses patrios,
de hotel cerrado las damas rieron:
y entonces la guerra perenne,
yegua indómita, recorrió el mundo.

Antes que el yatagán del profeta
 árabe, el culto inculque a los pueblos,
 del único Alah solitario,
 y en torno al sepulcro descubierto *

del crucifijo, a Jehová, rebelde
 arda el grave duelo en los siglos,
 entre Asia y Europa, do fulgió
 a los ocios bárbaros luz y vida;

oh bien antes, envía la áurea Persépolis
 los que adoran el fuego a los ídolos
 en contra, do sonó Maratón
 ínclita historia entre las gentes,

y Zeus en el carro de los Aqueos,
 numen pelasgo de Homero y Fidias.
 subió con el bello Alejandro,
 y Aristóteles meditaba.

Desde Autari Flavio que el longobárdico
 destrero y el asta empuja en el Jonio
 sereno, riéndole luego largo
 errar armado, al aventurero

que descubrió el Grande Océano, (2) las
 nuevas ondas terribles cabalga,
 armado de espada y escudo
 para el regio imperio de España,

una fatal y sublime insania
 por desiertos, hacia los océanos,
 trae a los hombres, uno contra otros
 con místico avenir y con númenes,

con la ciencia. Sobre las Pirámides
 Luis Bonaparte cuarenta siglos
 llama. Allá do momificados
 duermen inútiles Faraones,

al musulmán solemne, al callado
 fellah curvo, entre esferas y círculos,
 él dice los derechos del hombre:
 a lo alto ondean los tres colores.

¡Oh, entre los muros que el fratricidio
 cimentó eternos, paz es vocablo
 incierto. De la sangre la Paz
 cándida eleva las alas. ¿Cuándo?

(1) «Nel lavacro delle vene humane», dice el original, esto es, donde se purifica, en el Jordán regenerador de la sangre humana.

(2) Vasco Núñez de Balboa.

SOBRE MONTE MARIO

(De "Odi barbare")

Solemnes véense sobre Monte Mario
al claro quieto aire los cipreses,
y correr mudo por los grises campos
miran el Tíber;

miran abajo en el silencio a Roma
tenderse, y, a modo de pastor gigante
surgir, sobre gran grey alerta, en frente
San Pedro. Encima

verted del luminoso cerro, amigos
verted, el blondo vino, y os se refracte
el sol: oh bellas, sonreid: mañana
nos moriremos.

Lálage, intacto al oloroso bosque
deja el laurel que se gloria eterno,
o al pasar por tu bruna cabellera
menos esplenda.

A mí entre el verso que soñando vuela
venga la alegre copa y la süave
flor del rosal que efímera al invierno
consuela y muere.

Mañana moriremos, cual murieron
los que amamos: de las memorias lejos
y los afectos, tenues sombras leves
nos perderemos.

Moriremos; y fatigosa en torno,
siempre, del almo sol irá la tierra
surtiendo a cada instante, cual centellas,
miles de vidas;

vidas que nuevos bramarán amores,
vidas que bramarán en pugnias nuevas,
y cantarán del porvenir los himnos
a nuevos númenes.

Y, oh no nacidos, vos, en cuyas manos
irá el hachón que fuése de las nuestras,
vos desapareceréis, radiosas tropas
en lo infinito.

¡Adiós, tú, madre de mi afán más hondo,
tierra, y del alma fugitiva! ¡Cuánto
del sol en torno voltearás perenne
dolor y gloria!

hasta que bajo el Ecuador restricta
tras los reclamos del calor que huye
tenga la prole extenuada una sola
mujer, un hombre,

que en pie entre los escombros de los montes,
en muertos bosques, lívidos, con ojos
vítreos te vean sobre inmane hielo,
sol, abismarte.



FANTASÍA



(De "Odi Barbare")

Hablas; y, de tu voz a la muelle aura
lenta cediendo el alma se abandona
de tu hablar sobre onda acariciante,
y boga a extrañas playas.

Navega en un temblor de sol occiduo
riente a las ceruleas soledades:
cándidas aves vuelan por la altura
y verdes islas pasan.

Y arduos los templos en las cimas fulgen
de candor pario en el ocaso róseo,
y los cipreses de la orilla tiemblan,
y los mirtos perfuman.

Sobre el aura salada erra el perfume,
y al cantar de los nautas, lento, mécese
mientras amaina una nave, en vista al puerto,
las rosas velas plácidas.

Bajar jóvenes veo del acrópolis
en larga hilera; y llevan peplos cándidos,
y ramos de laureles y guirnaldas,
tienden el brazo y cantan.

De la patria en la arena el asta hincada
en tierra, salta un hombre armado, espléndido:
¿Quizá es Alceo vuelto del combate
a las vírgenes lesbias?

Junto a la urna de Percy Bysshe Shelley

(De "Odi Barbare")

Lálage, sé qué sueño del fondo de tu corazón surge,
sé qué perdidos bienes tus vagos ojos siguen.

La hora presente es vana, no hace más que percutir y huye;
la verdad está en la muerte, lo bello en el pasado.

Pone la ardiente Clio en el monte de los siglos el pie
ágil, y canta, y abre las soberbias alas al cielo,

bajo de ella volante descúbrese e ilumina el amplio
cementerio del mundo, de frente sonríele el sol

de la edad nueva. Oh, estrofas, afán de mi edad juvenil,
volad ora seguras hacia antiguos amores;

por los cielos volad, cielos serenos, a la bella
isla resplandeciente de fantasías en los mares.

Allí apoyados en el asta Sigfrido y Aquiles altos y blondos
van errantes cantando del mar resonante a lo largo:

a aquél dale flores Ofelia, que huyó del pálido amante,
e Yfigenia hacia éste del sacrificio viene.

Bajo una verde encina Rolando conversa con Héctor,
fulgura Durendal, de oro y de gemas, al sol:

mientras a su florido pecho Andrómaca llama a su hijo,
Alda, la bella, inmota, mira al sire feroz.

De melena el rey Lear le cuenta a Edipo errabundo sus penas;
Edipo con mirar incierto busca aún a la esfinge:

Se oye que llama la pía Cordelia. ¡Ay; cándida Antígone, ven!
¡Oh, griega hermana, ven! Cantemos la paz a los padres.

Elena e Isolda andan soñando a la sombra de mirtos,
el ocaso bermejo ríe a las cabelleras de oro:

Las olas mira Elena: a Isolda el rey Marcos los brazos
le abre, y la blonda testa cae sobre la barba.

Con la reina escocesa en la ribera a la luz de la luna
Clitemnestra está: inmersos los albos brazos en la mar,

y el mar rehuye hinchado de sangre férvida: el llanto de las miserables resuena por la rocosa playa.

¡Oh, lejana a las vías de los duros mortales trabajos, oh, isla de las bellas, oh, isla de los héroes,

islas de los poetas! Blanquea el océano en torno, vuelan aves extrañas por el purpúreo cielo.

Pasa derribando los lauros la inmensa sonante epopeya como torbellino de mayo sobre las ondeantes llanuras;

o como cuando Wagner potente mil almas entona en los bronce cantantes; tiémbrale el corazón a los humanos.

¡Ah, mas, allí ninguno surgió de los nuevos poetas sino tú, tal vez Shelley, espíritu titánico,

entre virgíneas formas del fuerte complejo de Tetis te tomó a vuelo Sófocles de entre los coros heroicos!

¡Oh, corazón de corazones, en esta urna que frío enciértrate aroma y entibia y esplende la primavera en flor!

¡Oh, corazón de corazones, el sol divino padre envuélvete de los sus radiantes amores, pobre corazón nudo!

Tiemblan frescos los pinos bajo la fuerte aura de Roma: ¿dónde estás tú, poeta del mundo libertado?

¿Dónde estás tú? ¿Me escuchas? Miran mis ojos húmedos allende el aureolado círculo en el triste llano.

ELEGIA DEL MONTE SPLUGA

(De "Rime e ritmi")

No, no eran formas de aire coloreado ni plantas gárrulas movidas al viento: ninfas eran y diosas.

Y cuál iba saliendo voluble y azul como velada emergió Tetis del gran Egeo a Júpiter:

y cuál saltaba de la trémula corteza de pinos róseos, dando la ágil florecida cabellera a las auras:

y cuál de encima de la cintura de hielos jaspeados desataba, cintas de plata, pequeñas cascadas alegres.

Sola sobre gran roca de brillante cuarzo a la solana
te sentabas a parte, Loreley peregrina:

surcabas la áurea cabellera con áureo peine, largos
flotaban tus cabellos por los alpes, el sol reía entre ellos.

En un templo a la sombra de agudos alerces las Hadas
estaban, mostrando sus rostros con los ojos llameantes:

guirnardas de encina en las negras crines, sobre clámides,
cetros de oro tenían en la mano y mirábanme.

—Orco humano, que sales de llanos humosos de tedio,
nos te la dimos: tenía los ojos color del mar.

Ora vienes tú solo. ¿Qué hiciste de la hermana nuestra?
¿La devoraste? Y fijo volvíanme a mirar.

Oh, no, Hadas temibles, no suaves ninfas, lo juro:
ella ha volado lejos de la mirada mía.

Mas la su forma vive, mas palpita su alma vida
en mis venas, encima de mi mente se asienta.

Delante de los ojos con la su imagen que me abraza
a todas horas, con su voz que me fascina el corazón,

sones de primavera sobre el cálido abril durmiente,
voy por el mundo solo errando, todo entregado a ella.

He aquí vos, Hadas y ninfas, parecíisme, y sois ella:
más bien en mi visión os he creado de ella.

¿Mas ella dónde existe? Lamentos estallaron y las
ninfas desaparecieron en el aire, bajo tierra las Hadas,

y ví sobre abetos danzar las ardillas, y oí
con hocicos en libertad, silbar a las marmotas.

Y, allá, me hallé solito en donde se perdía un llano
desnudo entre calvos peñascos: casi un anfiteatro

do elementos lucharon un día y siglos. Ora calla
todo: de tardíos estanques tardo se desenvuelve un río:

erran magros caballos sobre magras aguas, acónita,
pérfida flor azul, viste la playa gris.



MIRAMAR

(De "Odi Barbare")

Oh, Miramar, a las tus blancas torres
atediadas por el cargado cielo,
foscas con vuelo de siniestras aves
vienen las nubes.

Oh, Miramar, contra los tus granitos
grises, del torvo piélago saliendo,
con un gruñir de atormentadas almas
baten las ondas.

Tristes entre la sombra de las nubes
del golfo miran las torreadas villas,
Muggia y Pirano y Egida y Parenzo,
de la mar gemas;

y el mar empuja todas las mujientes
cóleras sobre este bastión de escollos,
donde tú asomas a dos vistas de Adria,
roca de Absburgo;

corriendo junto a la herrumbrosa costa
el cielo truena en Nabresina, y al fondo,
de rayos coronada alza la testa
Trieste entre nimbos.

Cuando el emperador blondo salía
a navegar con su mujer hermosa,
de abril en la mañana dulce: ¡Oh, como
todo reía!

Del plácido semblante le irradiaba
la viril fuerza del imperio: el ojo
de la su esposa cérulo y soberbio
al mar miraba.

¡Castilló, adiós; nido de amor alzado
en vano para los felices días!
Otra aura en el océano arrebatada
a los esposos.

Con ardiente esperanza dejan salas
grabadas de sapiencia y de triunfos
historiadas. Y Goethe y Dante al sire
hablan en vano

desde las tablas vívidas: lo atrae
sobre la mar mirándole una esfinge:
él cede, y deja a medio abrir el libro
del romancero.

¡Oh, no de amor y de aventura el canto
y son de vihuela haga que lo acoja
allá en la España del Azteca! ¿El aura,
qué larga nenia

trae entre el ronco llanto del oleaje,
desde la triste punta de Salvoe?
¿Cantan los muertos vénetos o viejas
hadas histrianas?

—¡Ay! mal, tú asciendes sobre el Adria nuestro
hijo de Absburgo la fatal *Novara*,
Las Erínnias contigo suben y abren
la vela al viento.

Mira a la esfinge trasmudar semblante,
y ante tí con perfidia retraerse!
Está de Juana loca el blanco rostro
frente a tu esposa.

Frente a tí está fisgón, el cráneo trunco
de Antonieta. Con ojos putrefactos
en tí fijos está el rostro cobrizo
de Moctezuma.

De ágaves, entre inmanes bosques, nunca,
al aura de benigno viento móviles,
está en la su pirámide, lanzando
lívidas llamas

por la tiniebla tropical, el dios
Huitzilopotli, que tu sangre husmea,
y el piélagos escrutando su mirada,
ulula. — Ven.

¡Cuánto ha que espero! La crueldad del blanco
violó mis templos y arrasó mi reino:
ven, oh devota víctima, oh sobrino
de Carlos quinto.

No a tus viles abuelos marchitados
de tabe o de real furor quemados;
cojerte a tí quería yo de Absburgo
flor renacida;

y de Guatimozín a la gran alma,
reinante bajo el pabellón del sol,
envíote en ofrenda, oh fuerte, oh bello,
Maximiliano.



DE LA CANCIÓN DE LEGNANO EL PARLAMENTO

I

Está el emperador germano en Como.
Y he aquí, entra en Milán un mensajero
a toda rienda por la Puerta Nueva.
Y. "oh pueblo milanés", él pasa y pide:
Hacedme escolta hasta Gherardo el cónsul".
Y en medio de la plaza aquél estaba,
y el mensajero en el arzón doblado
habló breves palabras y alejóse.
Gherardo cónsul señas hizo entonces
Y convocó el clarín, a parlamento,

II

Y convocó el clarín a parlamento:
No había aún erguídose el palacio
sobre pilares, ni tribuna alzábase
ni torre había, ni en la cima de ella
la campana. Entre escombros ennegrecido
que verdeaban de espina, entre las bajas
casas de leño, en la pequeña plaza
los de Milán hicieron parlamento
a pleno sol: En puertas y ventanas
miraban las mujeres y los niños.

III

"Señores milaneses", dice el cónsul,
la primavera en flor trae germanos
cual siempre. Hacen ávidos la pascua
en su cubil, y bajan luego al valle
Por la Engadina dos excomulgados
arzobispos trajeron el esfuerzo;
trajo la blonda emperatriz al sire
su corazón fiel y nueva tropa.
Como dejó la liga y está con ellos".
El pueblo grita: "El estermínio a Como".

IV

"Señores milaneses", dice el cónsul,
"hecha la tropa en Como, Barbarroja,
Por llegar al marqués de Monferrato
y a sus paveses, mueve la su hueste.
¿Qué elegís, milaneses? ¿Qué esperamos
del puente nuevo, en armas, precavidos,
o heraldo enviar a César, o afrontarnos
a lanza y espada al Barbarroja en campo?"
"A lanza y espada", truena el parlamento,
a lanza y espada, al Barbarroja, en campo".

V

Adelántase Alberto de Giussano.
 El cual toda la espalda sobrepasa
 a los que en pie al cónsul hacen rueda,
 y en la gran pose de la su persona
 se alza cual torre en medio al parlamento:
 la barba en mano, y bruna cabellera
 el lato cuello y la amplia espalda inunda.
 Bate el sol en el claro honesto rostro,
 y en el cabello y ojos centellea.
 Y es la su voz como tronar de mayo.

VI

“¡Hermanos milaneses, pueblo mío!
 ¿Recordáis”, dice Alberto de Giussano,
 las calendas? Los cónsules se fueron,
 cabalgaron a Lodi, y con desnudas
 espadas le juraron obediencia.
 Cabalgamos treciento el cuarto día,
 y a los sus pies, besando, le pusimos
 los treinta y seis hermosos estandartes.
Mastro Guitelmo le ofreció las llaves
 del hambriento Milán. Y no hubo nada”.

VII

“¿Recordáis”, dice Alberto de Giussano,
 de marzo el día sexto? A sus pies quiso
 los infantes y el pueblo y las insignias.
 Por las tres puertas iban los del pueblo,
 y el carro fué ataviado cual en guerra;
 gran multitud después llegó, y las cruces
 empuñaban. Delante de él las trompas
 del carro enviaron los postreros sonos,
 y la antena del carro ante él llegando
 el alcalde inclinó. Tocó él los bordes”.

VIII

“¿Recordáis”, dice Alberto de Giussano:
 vestido el saco de la penitencia,
 con pie descalzo y con la cuerda al cuello,
 cubiertos de cenizas, en el fango
 tendiendo el brazo nos arrodillamos,
 pidiéndole misericordia. Todos
 lloraban, caballeros y señores
 en torno de él. Y él, recto, en pie, al lado
 del escudo imperial, nos observaba,
 mudo, con su mirar adamantino”.

IX

“¿Recordáis”, dice Alberto de Giussano,
 “que volviendo al oprobio al otro día,
 la emperatriz, notamos de la calle,
 que en las rejas, mirábanos? Y a ellas,
 gritándole, las cruces allegamos:

—“Oh, blonda, oh fiel emperatriz, oh pía;
 merced, merced de las mujeres nuestras!—
 Atrás ella se echó. El nos impuso
 muro y puerta aterrar tanto en los cercos
 que él pudiera pasar su hueste en marcha.

X

“¿Recordáis?”, dice Alberto de Giussano:
 “Los hidalgos, y obispos y los condes
 partieron. Y esperamos nueve días.
 Vino al décimo el bando. Andad, oh tristes,
 con mujeres e hijos y los bienes:
 Ocho días os da el emperador.
 Y corrimos urlando a San Ambrosio,
 y a sepulcros y a altares abrazámonos:
 Y ¡ay! de la iglesia con mujer e hijos
 Como a canes tiñosos nos echaron”.

XI

“¿Recordáis”, dice Alberto de Giussano,
 el domingo tristísimo de palmas?
 ¡Ay de Cristo pasión y de Milano!
 de una a una de los cuatro Cuerpos
 vimos llover a las trescientas torres
 de la muralla; y al fin por la ruína
 polvorosas las casas parecieron
 rotas, resquebrajadas, mutiladas:
 cual fila de esqueleto en cementerios.
 Huesos de nuestros muertos, bajo, ardían.

XII

Así diciendo Alberto de Giussano,
 con las manos cubríase los ojos
 y sollozaba: en medio al parlamento
 sollozaba y lloraba como un niño.
 Y por la multitud, entonces, toda,
 corrió algo así como un bramar de fieras
 del balcón y las puertas las mujeres,
 desmelenadas, pálidas; los ojos
 de par en par, el brazo al parlamento,
 tieso. Matad a Barbarroja, urlaban!

XIII

“Ora, he aquí”, dice Alberto de Giussano,
 no lloro más. Llegó ya el día nuestro,
 oh milaneses, y vencer es fuerza.
 Enjúgome los ojos y mirándote,
 oh bello sol de Dios, he aquí, yo juro.
 Mañana por la noche nuestros muertos
 tendrán en purgatorio dulce nueva:
 Y yo la llevaré!” Mas dice el pueblo:
 “Mejor enviar heraldos imperiales”.
 Riendo tras Rosegón el sol bajaba.

"Alborada" en Trenque Lauquen

En la boca de la pampa, en la punta de una región de tradicionales recuerdos, allá clavamos nuestro ideal, los amigos de esa localidad nos invitaron a un "festín"; se trataba de conmemorar el 1° de Mayo, y como nuestro pensamiento está metido en esa fecha, fuimos allá a la boca de la Pampa a gritar nuestro ideal y apretar las manos de los amigos y amigas que entienden de nuestros sueños, que comprenden nuestras aspiraciones. Y de ese pueblo tragimos a B. A. nuestra mejor impresión, pues hemos constatado que se nos escucha con atención y se nos comprende por completo; esto es todo lo que podemos decir, es decir, no tendríamos mucho que agregar, pero el espacio nos tiraniza y ante su tiranía nos inclinamos.

Las veladas organizadas por el cuadro Luz y Arte de esa localidad, formado por buenos amigos y amigas y dirigido por Angel Núñez, cumplió en todas sus partes el programa con entera satisfacción del público, el cual manifestó que ninguna de las compañías teatrales que habían pasado por ese pueblo fueron capaces de igualarse al cuadro de la localidad. Por nuestra parte podemos decir que estuvieron bastante bien. La nota novedosa fué la velada gratis organizada el 1° de Mayo, que constituye una novedad, no sólo para ese pueblo, sino para todo el país; novedad que nosotros aplaudimos sinceramente. El beneficio que reportó para la revista esta velada fué de \$ 155.75; dinero que vino a iniciar nuestra segunda etapa de vida en las lides del periodismo. Para concluir podemos manifestar sinceramente que nuestra estada en Trenque Lauquen, vino a despejar en parte nuestra decepción, y

que al estrechar en la estación la mano de las amiguitas y amigos que dejamos en esa localidad, sentimos como si un bálsamo viniese a amortiguar la seriedad que en la lucha diaria se abren como otras tantas flores de rebeldías.

Rogamos a nuestros agentes y paqueteros, tengan a bien devolver las revistas no vendidas.

El Administrador.

Ediciones extraordinarias de "ALBORADA"

Próximamente, de González Castillo:

LA MUJER DE ULISES

pieza dramática en tres actos.

EL HIJO DE AGAR

pieza dramática en tres actos.

EL MAYOR PREJUICIO

pieza dramática en tres actos.

"EVOGACIONES"

— Cantos de amor y de gesta —
POR

MARIO CATALDO MARCIAL

Un tomo de 130 páginas

El producto de este libro, el autor lo cede a beneficio de esta revista.

Pedidos a la administración, Estados Unidos núm. 3725.

"LA REVISTA DE LOS NIÑOS"

Apareció el núm. 6 de esta revista

Dedicada exclusivamente al elemento infantil, se edita en el Uruguay esta revista racionalista, amena e instructiva. Se vende a personas mayores para que las distribuyan gratuitamente: 15 revistas valen 0.25 centavos. Pedirla en Buenos Aires, a su agente:

JUAN C. SATRAGNÍ, Canalejas 3435

Dr. JUAN E. CARULLA

Médico del H. Alvear

Atiende especialmente enfermedades
internas

RIVADAVIA 764 (primer piso)

U. Telef. 3717, Avenida

HORAS DE CONSULTAS: 2 a 4 p. m.